

# Loft

Iliana Godoy

Como un barrido cinematográfico, la andanada del ferrocarril.

Fantasmas del maquinismo, millones de cajas latentes inertes. Almacenes vapuleados, donde obreros astillaron sus huesos contra engranes voraces, conservan el aire siniestro de su origen. Como en los docks del Támesis, aún conspiran los cuervos.

Dinosaurios fabriles de andamios y escaleras, galeones despojados, guarida de artistas que empaparon en tinta los tórculos humanos del Body Art. Rodaron desnudos embadurnados de pintura dejando manchas inconexas. El virtuoso de paleta y pincel se convirtió en impresor del azar. Así caen del pedestal las academias.

Sexo colectivo, nudos y explosiones sobre las paredes, piernas y torsos confundidos hasta trabar el candado del placer, dejan rastros mecánicos. Ni jadeo ni violencia se traslucen. Las máquinas agotaron ese juego letal. El reto es destazar el caos como res. Sólo secreción y heridas cuentan. Se suceden los happenings hasta el vómito y las riñas de autopsia en las vanguardias.

De tanto taladrarnos, el alarido Munch cayó en  
[profunda meditación.

Blanco sobre blanco, la pestaña del zen calla el deseo.  
Muerte a lo redundante.

A lo dramático.

Lo múltiple.

Lo contundente.

Muerte a la muerte.

Un tren de abasto pespuntea la noche de Charlotte.  
La cama gira cada par de horas. El teléfono suena sin respuesta.

En calles desahuciadas dos autos se detienen. Bajo la luz de neón, un diálogo silente. Código táctil de insectos que intercambian paquetes de sustancias químicas.

Centinelas minuciosos, los ventanales de la parte vieja sobreviven al siglo XIX en sus masivos prismas de ladrillo. El bosque sureño enmascara la ciudad. Guirnalda rosa pálido, brotes verde manzana condensan en los dogwoods su cúpula de mariposas. Florecimiento de madera laminada. Brillos de carey lentejuelean al viento.

Un chasquido de cables se esconde en el insomnio. Óleos, thinner y sopletes de knock out abarrotan la tramoya.

¿Qué inflexiones espejea el cubo de Rubik? Permutación aleatoria por descorrer escalas sin jerarquía, iterando el delirio hasta lo amorfo. Los módulos se devoran irreversibles, perforándose en todas direcciones, hasta dejar en pie una estructura de paredes huecas que un puño puede convertir en polvo. La clave es no perturbar el estado inicial, el punto de reposo.

Cada dos horas el borrón del tren. Al azar se desata el repiqueteo del teléfono. La cama giratoria sigue intacta, presente, que nadie abre.

Quienes reposan lacran sus oídos con tapones de vinilo; salen a la universidad o la oficina sin abrir persianas. Ni un café en la cocina high tech.

En cada célula habita una persona. Por breves lapsos se juntan en parejas. Esporádicamente coinciden varios en un ambiente. Fuman, aspiran, retornan a su celda.

En el vacío una taza de café es una mosca muerta sobre la sábana. Los hábitos se vuelven evidentes. Es un gesto el más leve movimiento.

En el loft del quinto piso suena el teléfono una vez más. A los cuatro timbres la grabadora se echa a andar. Primero un silencio, respiración contenida, ansiedad escrutadora que mira sin ver. El zumbido, el rumor destemplado de los ductos, nadie. Una voz matronal, madreña, finge autoridad para impresionar a la hija ausente. Detrás de la impostación un temblor delata su impotencia.

—¿Estás allí, mi niña? (cerca del auricular vibra una copa junto a la botella de vino clausurado). Vaya por Dios; está visto que nunca la acierto. Pero ya podrías llamar alguna vez (un vaho lejano empañó la cocina de acero inoxidable). Porque vamos, no hay derecho. Sea la hora que sea yo estoy aquí, de día y de noche como un clavo, al lado de tu padre que no come ni duerme. Dicen los médicos que se ha estabilizado, pero qué va. La Virgen de los Remedios nos ayude a capotear los achuchones de esta maldición... Disculpa, no es que lllore. Adiós.

Al grabarse, el monólogo fluye sin obstáculos; la onda se extingue contra los escasos muebles: sillas angulosas de aluminio, anaqueles tubulares y mesas de cristal. Todo desarmable y convertible. A un metro del piso, el plano de trabajo es una pista por la que se deslizan los objetos. Rampas y peldaños escalan tuberías de donde cuelgan escritura oriental y móviles de Calder.

Como un chorro de agua a presión la llamada insistente rastrea un bloque pétreo que socavar y sólo hunde el barreno en aire transparente.

Por las tardes, la grabadora bloquea el chantaje moral. Se minimiza la ceremonia del té, con cero calorías, en dosis sanitizadas. “Caliente el agua... Introdúzca al microondas dos minutos y ya está”. El rito es pérdida de tiempo.

El aislado quehacer intelectual se acompaña a lo lejos por la ciudad que asoma tras cristales. La verticalidad impone sus siluetas. El loft ha cancelado los techos aplastantes. Al interior han desaparecido pasillos y puertas.

La movilidad vuelve todo soportable. En la misma mesa se come o se trabaja sin que las actividades cobren demasiada importancia; son permutables. Sillas rodantes centran el pensamiento en cualquier punto, ajeno al teléfono y su amenaza latente. Pero una tarde cualquiera la tecla del sonido queda activada y la temida voz pega en el blanco. Presa de migraña la hija yace en cama, única referencia inalterable; forrada hasta el piso como un paquete de lino tiene algo de hospital. El lecho nos contiene, módulo espacial del cuerpo. Kuitca y sus escenarios desolados.

Incapaz de levantarse, Rocío alcanza los tapones y aleja la resonancia. Las palabras se incrustan en su cuerpo y tiene que arrancarlas. Clavos y banderillas que se desparraman al pie del lecho como un montón de cucarachas muertas.

—Vaya que lo traigo andado. Seguimos jugando al gato y al ratón. Si no fuera porque el pobre Ignacio

insiste tanto en verte... Te queremos en Madrid sí o sí ahora por la Pascua. Te mandaré unas pesetas, quiero decir unos euros —con tanto cambio una no acaba de acostumbrarse— lo serio es que a tu padre la quimio lo ha puesto muy mal. Vamos, que no sé si llegue a Navidades.

Los acentos rebotan, canicas que aceleran su percusión aguda escaleras abajo. Las ondas emotivas desplazan su red tenue. Se detienen frente al nicho del retrato, escondido en un ángulo del vestidor.

La voz se reconoce en aquella madre joven de hace treinta años, con la niña en brazos, escoltada de abuelos y parientes. De casaca informal, el marido distante subraya otros ideales con la pipa en los labios y mirada lejana, como si supiera que aquel año moriría el Generalísimo y España simularía un vuelco sin retorno. Superada la represión cotidiana la brecha generacional se convirtió en abismo. Una señora nacida en los cuarenta no entendía que la hija quisiera independizarse, estudiar en Estados Unidos y no pensara en el matrimonio. Tarde había comprendido los reparos de los viejos. Lo que consideró una pose del marido idealista salió a flote en los anhelos de Rocío, que a los veintidós ganó una beca para estudiar en el extranjero y cruzó el mar hacia las Carolinas, pasando por encima de la oposición familiar.

El único feliz era su padre, concluyó la reflexión materna. Lástima que le durara tan poco la alegría.

—Te llamaré mañana, y las veces que sea necesario hasta que me contestes. Si Santa Mónica, con sus lágrimas, pudo taladrar la roca, algo lograré yo que también soy madre, coño...

La voz recoge sus anzuelos y regresa al piso de La Castellana donde un par de caballos, pieza maestra en porcelana de Lladró, levantan encabritados las patas delanteras, como si frenaran de súbito ante un acantilado. Así se sentía ella, tan lejos de la hija, ya inalcanzable, inmersa en algo más que el american way of life,



Enrique Bostelmann, *Up and down*

# Cada amanecer sube ojerosa hasta el espacio diurno del quinto piso. Sobre la alfombra cada mañana las pisadas son más leves.

cuyos lujos eran sustituidos por un extraño despojo. Un despojo que nadie en España entendería. Suspende la contemplación de los aerodinámicos corceles y nota que la plata necesita limpieza.

El loft al otro lado del océano acumula papeles, listas de asistencia, exámenes por calificar. Corre algún DVD como imagen de fondo y un teclado reinicia la grabación para interrumpir de golpe la intromisión lacrimosa y pasar a las citas de trabajo, pagos pendientes y las eternas invitaciones de cumpleaños en *espan-glish*. Colombianas, chicanas, puertorriqueñas y españolas, todas “hispanas” en busca de colocarse: obtener la residencia mediante un matrimonio sin afinidad o conseguir la codiciada plaza de trabajo en un ambiente de soterrada discriminación. Muchas ya no pueden hablar con fluidez ni en inglés ni en español; las palabras dejaron de ser suyas.

Mejor seguir al margen, estar sin estar, ratifica Rocío. Ser profesora asistente le da para el alquiler y los contados muebles. Lo importante es huir de ese Madrid anquilosado en mantillas y goyescas tras un maquillaje de modernidad. Lo indispensable es acudir todas las noches al otro loft, en el primer piso, donde se desvanece lo insulso de los días.

Termina la última emisión del noticiario con los horrores del medio oriente y la retórica intervencionista del imperio. La profesora de letras hispánicas ya no escucha al locutor. La zozobra hace temblar sus manos. Pulsa botones, abre y cierra llaves. Su prisa apunta hacia el cubo de aire negro, casi irrespirable, que aguarda cuatro pisos más abajo, como un imán a contracara de la luz. Su proximidad en el mismo edificio basta para desbocarle los latidos. Habían bastado tres meses para que el performance nocturno se convirtiera en núcleo de su vida. Desde entonces suspendió todo contacto con la madre y limitó al mínimo su comunicación con amigas de la universidad.

A partir de las diez de la noche se inicia el verdadero ulular del tren. En su imaginación literaria los vagones nocturnos ya no transportan mercancías aburridas para el mall, sino ataúdes con vampiros aletargados, en espera de luna llena.

Hora de prepararse para el show. Cerca del vestidor, ante el escándalo de la foto familiar, una maleta de lence-

ría negra deja salir finísimas correas y recortados triángulos sedosos. Bondage y joyería corporal. Dildos y vibradores. Esbelta y pálida modela ante el espejo atuendos de sex shop en las poses más sensuales. La nube de perfume esparce una atmósfera de maderas finas. Nuevamente jeans y saco masculino para fingir seriedad académica. Los lentes disimulan el frenesí de la mirada pendular, incapaz de fijarse. Reducido al desempeño diurno, el loft del piso cinco se cierra noche a noche como esfera de mercurio, expulsando a su única habitante.

El trayecto al primer piso por puentes y elevadores es un laberinto de Escher que desemboca en la densidad del espacio clandestino, donde los habitantes solitarios consiguen la necesaria dosis de evasión.

De entrada, la brusquedad del gringo pelirrojo, que a jalones la despoja del disfraz de profesora, a cambio de dejarla aspirar, con un billete enrollado de cien dólares, la generosa línea que duplica entre sus manos el espejo.

Con ademanes militares le coloca un antifaz ciego y amarra un walkman al resorte de su tanga, al tiempo que le ajusta los audífonos. Sólo para ella suena el cante jondo. Baila por sevillanas como en la infancia, cuando su padre palmeaba embelesado. Esperpéntica ejecuta castañuelas invisibles y menudea un taconeo mudo. En vez de agitar un vestido de olanes, balancea frenética por encima del pubis el arco fino de una cadena.

No puede ver ni oír; sólo el tacto le revela proyecciones solitarias, autistas, de los psiconautas. Ella recrea en los roces a su madre joven que ensayaba de niña con ella ante la complacencia de los abuelos. Brazos curvados en lo alto, cruce en el centro y vuelta, así despacio, con cadencia, como toreando. Alguien le avienta puños de botana chatarra, otro le pone un plato por sombrero. Ella se siente coronada, ungida.

Ciertos días la función se reduce a recostarse desnuda y ciega sobre el diván danés. Los autómatas escriben en su cuerpo y ella recibe los mensajes como terapia de acupuntura; pintan paisajes húmedos que la llevan al mar, jadean, eyaculan y ella se asoma al cráter donde espejean sus más puros recuerdos.

Cada amanecer sube ojerosa hasta el espacio diurno del quinto piso. Sobre la alfombra cada mañana las pisadas son más leves. El refrigerador sólo conserva un frasco de agua, algunas aceitunas marinadas y un

pequeño paquete de café molido expreso. Con pavor a que suene el teléfono, se apresura. Va directo a la ducha, toma los papeles de las clases y sale justo antes de la primera llamada.

El desplante de lo exiguo contrasta con la voz que inunda el día en angustia creciente.

—Otra vez la máquina endiablada. Has conseguido preocuparme. (Un eco de la Calas se enreda por los tallos del florero de cristal). Si no quieres hablarme te dejaré uno de esos dichosos mails que me dio tu prima. (Los cuchillos templados rechinan los dientes). Sois tan extraños tu padre y tú. Odio ese silencio empecinado. Si él te llamara sería distinto, pero no lo hará, sabes. Es demasiado orgulloso y tiene cada vez menos energía. (Estocada mortal al centro del edredón blanco).

La primavera había estallado como una epidemia, pero el espejo del baño matutino refleja una figura cada vez más escuálida con clavícula y hombros prominentes. Sólo el triángulo oscuro y los pezones que parecen brotar de las costillas delatan el sexo de la que cada tarde se prueba atuendos sadomasoquistas antes de sellar el portazo nocturno.

La llamada puntual, cada vez más frecuente, es ahora silenciosa. La voz se había cansado de ir a parar adentro del retrato que conocía como la palma de su mano. Para qué reiterar el matrimonio erróneo con un anarquista, que una vez muerto Franco dio rienda suelta a sus delirios, contagiando a su única hija. Mentira que la niña tuviera vocación intelectual —seguía el monólogo sin sonido—, lo que pasa es que siempre me ha rechazado para identificarse con el padre, que justifica su falta de éxito en una crítica pasiva, más parecida al ensueño de un escritor flemático, que por otra parte nunca escribe.

Cesan las reflexiones. Mejor aprovechar el tiempo de grabación; afinar la atención para leer alguna pista. El altero de exámenes sin revisar, el refrigerador vacío. La cama impecable denuncia que nadie ha dormido allí en semanas.

La indagación sin palabras se volvió obsesiva. De un modo inexplicable la madre conocía palmo a palmo el hábitat de la hija. A contrapunto con la ráfaga del tren se sucedían las extensas pausas que agotaban a diario la capacidad del buzón telefónico.

En los días que siguieron, los posters dieron noticia del próximo Congreso de Literatura Hispánica en la Universidad de Charlotte.

La mañana de la inauguración una voz respondió la ansiosa llamada.

—Soy una profesora uruguaya. Me estoy quedando en su departamento. Ella está bien, pero sale muy temprano. No sé, señora yo me duermo antes de que llegue y cuando me levanto su hija ya no está.

Fueron tres días de locura, la grabadora se saturó de mensajes no escuchados. Ponentes que no asistirían, invitados especiales, cambios de horario y hospedaje. No hubo más espacio para la pausa inquisidora.

La noche de clausura se corrió la voz de una reunión especial en el loft del primer piso. De los ponentes asistieron los más audaces. El gringo joven y nervudo abrió la puerta. Aquello no era aire, sino la noche en bloque. Al fondo del cubo negro se recortaba nítido un cono de luz roja. El otro polo de la mirada era una especie de pecera iridiscente; un televisor con pantalla gigante, donde corría hipnótico un video de peces tridimensionales.

La yerba era de calidad, y fumarla en aquel aparato a través de borbotones líquidos potenciaba su efecto, lento y continuo como la música de Philip Glass que parecía fugarse con el humo. Sólo para iniciados, pensó la uruguaya. Según lo que se curta, yo me borro. Pero no, la canavis era suave. Sólo una españolita conservadora quedó fuera del círculo y era muy cómica su insistencia: “Voy a poner otra música, para que se anime a bailar”.

La verdadera danza surgía del océano virtual. Peces brillantes como joyas entraban y salían de arrecifes que



Enrique Bostelmann, *Up and down*



Enrique Bostelmann, *Up and down*

de pronto eran esponjas, rostros, nubes. Más que nadar reptaban en circunvoluciones de color. El joven pelirrojo no se sentaba con el grupo y parecía mover los hilos a su antojo. Desvaída como un espejo ciego lo seguía su special friend.

—Le urge otra pareja, este tipo la está consumiendo —decían con la mirada sus amigas.

Con los muebles de cuero pegados a las paredes la ronda entre los profesores comenzó en torno a la literatura, como es obvio. Alguien dijo:

—En España todo es coño.

—Desde *El cantar de Mio Cid*. “Maté a tu padre Jimena... coño”.

—O aquello de “Sancho, con el coño hemos topado”.

—Y para rematar el Siglo de Oro: “Y los coños, coños son”.

Recalcitrantes los hispanos. Carcajada al unísono.

El colombiano que se cree poeta proyecta con su aura una silueta de murciélago. Su duende es torpe, débil mental. A contrasombra los homosexuales latinos dejan aflorar del clóset la palidez estéril de su signo. En la pantalla los peces se mutilan unos a otros sin perder la armonía de su ballet.

Al centro del espacio, como un icono de posmodernidad, aguarda el diván de aluminio y cuero negro, donde se puede fingir cualquier historia, edificar el delirio más absurdo o invocar el tormento más sofisticado.

Atraída por la fatalidad de un ritual muchas noches perpetrado la figura anoréxica se flexiona siguiendo el diseño del diván escandinavo.

Una de las profesoras recién promovidas en la universidad le da un codazo al doctor español, un cuarentón bien plantado. Como príncipe de cuento se acerca a la bella durmiente y comienza a acariciarle el pelo. Suavemente comienza a deslizar las manos por los pechos. El gringo pelirrojo se aproxima y sin mirar al otro

mete las manos bajo la falda de la mujer tenue que yace sin mover un músculo.

Todos miran de reojo la escena y nadie hace comentarios. Flota en el aire la fascinación del total abandono. Quién se atreviera a soltar amarras y dejarse ir en ese limbo sin tensiones; qué descanso abandonar toda defensa y ser completamente disponible, un paréntesis vacío capaz de provocar lo inaudito para ser llenado. Pero no es fácil. Hace falta valor, sustancias duras. Nada que ver con aquel juego de principiantes que coqueteaban tímidos al umbral sin retorno.

Sin la menor rivalidad los dos hombres siguen palpando el cuerpo ido. Las manos parecen ratas corriendo bajo la tela. Ya no es juego sexual sino complicidad perversa. La escena recuerda a los soldados que despojan de sus valores al enemigo muerto. De pronto el doctor español se concentra en la mascada roja que rodea el cuello de Rocío y la amarra a un tubo del diván. En tanto el gringo juega con sus arracadas jalándolas cada vez más fuerte, sin obtener reacción.

Cuando el manoseo está a punto de virar a la violencia se interrumpe el estudio a cuatro manos. El gringo se incorpora. Queda inmóvil de espaldas al fresco ventanal. El doctor regresa a las caricias tiernas.

Movido por un resorte el resto del grupo se levanta y sin saber por qué comienzan a dar vueltas, inscribiendo en un círculo a la protagonista. Santidad y blasfemia.

Alguien inicia la ruptura del trance y va hacia la cocina por un trago de tequila. Uno tras otro hacen lo mismo, incluso el doctor, que tardó un poco más en aterrizar.

Sin protocolo se despiden.

Custodiando la urna sin cristales queda el gringo, cuyos derechos nadie pone en duda.

Cuando la huésped uruguaya sube al quinto piso, mezclado al habitual fragor del tren, escucha, cada vez más cercano, un aullido de ambulancia que subraya el histórico SOS del teléfono. **||**